



Adrienne
Brodeur **Mi madre,
su amante y yo**

Mi madre, su amante y yo

Adrienne
Brodeur

Traducción de
Santiago del Rey Farrés

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1540

Título original: *Wild Game*

© Adrienne Brodeur, 2019

Todos los derechos reservados

© por la traducción del inglés, Santiago del Rey Farrés, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-233-5980-6

Depósito legal: B. 6.362-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Una calurosa tarde de julio de 1980, Ben Souther cruzó la puerta de nuestra casa de la playa en Cape Cod mientras saludaba a nuestra familia con su habitual y entusiasta: «¿Qué tal?». A sus sesenta y pocos años, Ben tenía una tupida mata de pelo blanco y unas manos callosas que proclamaban su amor por el trabajo al aire libre. Desde el pasillo observé cómo le daba a mi padrastro, Charles Greenwood, una palmadita en la espalda con una mano, mientras con la otra alzaba una bolsa de papel marrón cuyas esquinas empezaban a llenarse de manchas húmedas y oscuras.

—A ver qué puedes hacer con esto, Malabar —le dijo Ben a mi madre, que estaba en el recibidor junto a su marido. Le entregó la bolsa empapada y le dio un beso en la mejilla.

Mi madre llevó la bolsa a la cocina, la depositó en la tabla de la encimera y, desenvolviendo la parte superior, echó una ojeada al interior.

—Pichones —dijo Ben frotándose orgullosamente las manos—. Una docena. Desplumados y totalmente limpios. Incluso he sacado las cabezas.

Ah. O sea, que la humedad era sangre.

Miré a mi madre, cuya cara no reflejaba ni pizca de asco, solo regocijo. Ya estaba, sin duda, haciendo cálculos, estimando la temperatura y el tiempo requeridos para dejar la piel crujiente sin secar la carne y extraerle todos los aromas. Mi madre cobraba vida en la cocina: ese era su escenario y ella era la estrella.

—Vaya, debo decir que es un regalo perfecto, Ben —dijo riendo y ladeando la barbilla con admiración, y le dirigió una larga mirada. Malabar era una crítica severa. Tenías que ganarte su aprobación, un proceso que podía llevar años y quizá resultar infructuoso. Ben Souther, advertí, acababa de subir de nivel.

La esposa de Ben, Lily, apareció enseguida cargada con un ramo de flores del jardín de su casa, en Plymouth, y con una bolsa de berros silvestres recién recogidos en la orilla de su arroyo, cuyo sabor levemente picante le encantaba a Malabar. Casi diez años mayor que mi madre, Lily era menudita y agradable, con el pelo castaño canoso y una cara llena de arrugas que hablaba de su espíritu práctico de Nueva Inglaterra y de su absoluta falta de vanidad.

Charles se mantenía aparte con una gran sonrisa. A él le encantaban la vida social, las comidas succulentas y las historias del pasado, y ese fin de semana con su viejo amigo Ben y con Lily prometía una dosis abundante de todo ello. Yo conocía a los Souther desde los ocho años, cuando mi madre se casó con Charles. Los conocía tal como una niña conoce a los

amigos de sus padres, o sea, no muy bien y con indiferencia.

Entonces tenía catorce años.

La hora del cóctel, un rito sagrado en casa, dio comienzo de inmediato. Mi madre y Charles empezaron con lo de siempre, un bourbon con hielo; después de tomarse el segundo, pasaron a su aperitivo preferido, que ellos llamaban el «cargador de baterías»: un manhattan seco con unas gotas de limón. Los Souther siguieron puntualmente a mis padres, copa por copa. Los cuatro charlaron y deambularon, con los cócteles en la mano, de la sala de estar al patio y, luego, a través del césped, hasta las sillas de madera que miraban hacia la playa. Allí disfrutaron de las maravillas de la costa que tenían delante: el aire salobre, el cielo rosado del crepúsculo, los gritos de las gaviotas, el crujido de los botes amarrados y el rumor lejano del oleaje.

Mi hermano mayor, Peter, hizo su aparición tras una larga jornada de trabajo como segundo de a bordo en un pesquero de alquiler. Rubio y bronceado, con los labios partidos por el sol y el salitre, tenía entonces dieciséis años. Ben y él charlaron de las lubinas rayadas: qué comían (anguilas de arena), dónde picaban (más allá de los bancos de arena, pero todavía cerca de la costa). Ambos daban por supuesto que ese tipo de pesca, con cebo vulgar y sedal de alta resistencia, no era la pesca auténtica. Ben era pescador. Se ataba sus propias moscas y viajaba todos los años a Islandia y Rusia para pescar en los

ríos más vírgenes del mundo. Ya había apresado y soltado más de setecientos salmones a lo largo de su vida, y tenía el objetivo de llegar al millar. Aun así, un día navegando era un día navegando, aunque lo pasaras con un puñado de turistas hasta arriba de cerveza.

—¿Cuándo cenamos, mamá? —preguntó Peter. Mi hermano tenía un hambre voraz permanente y siempre aguardaba las comidas con impaciencia.

Bastó con esa pregunta para que todo el mundo volviera a entrar en casa. Ya sabíamos lo que venía a continuación.

Mi madre encendió las luces de la cocina, se lavó las manos y empezó a desenvolver los pichones decapitados, alineándolos sobre la encimera y secando sus cavidades con un trapo limpio. Los demás nos instalamos en los taburetes de respaldo alto, con los codos apoyados en el mármol verde, para contemplar a gusto a Malabar en acción. En la enorme isla con tabla de madera que teníamos justo delante, las hierbas aromáticas —albahaca, cilantro, tomillo, orégano, menta— se hallaban dispuestas en un jarrón como en un arreglo floral. Un dado de mantequilla se había ablandado hasta convertirse en un montículo reluciente. Una cabeza de ajos gigantesca esperaba el cuchillo de mi madre. A nuestra espalda se extendía la sala de estar, enmarcada por puertas correderas de cristal que se abrían a una vista panorámica de Nauset Harbor. Con la marea baja se veían los bancos de arena y las islas de juncos. Más allá de la bahía estaba la playa exterior, una franja de arena oscura perfilada por dunas que amortiguaba

los embates del Atlántico. De vez en cuando, mientras trituraba, removía o rallaba, mi madre levantaba la vista y contemplaba el paisaje con una sonrisa satisfecha.

Ella llevaba yendo a ese pueblo de Cape Cod desde que era niña. Orleans está situado en el codo de lo que a vista de pájaro parece un brazo enorme que se adentra cien kilómetros en el Atlántico y luego se flexiona otra vez hacia el continente, estrechándose progresivamente hasta la mano enroscada de Provincetown. Durante su infancia, Malabar vivió en Pochet; mientras estuvo casada con mi padre, tuvo una casita de campo en Nauset Heights; y unos años atrás, sin duda con la ayuda de Charles, había comprado un par de acres en la línea costera. Realizó una profunda renovación al adquirir esta casa, y no fue ninguna coincidencia que la cocina fuese la estancia con las mejores vistas.

Si la idea de una mujer en la cocina os trae a la mente la imagen de una dulce ama de casa con un delantal con volantes, o la de una madre hastiada cumpliendo con la obligación de alimentar a sus hijos aún jóvenes, os estáis imaginando a la mujer equivocada en la cocina incorrecta. Allí, en la última casa de una carretera sinuosa que iba a la playa de la bahía, la cocina era el centro de mando y Malabar ejercía de general de cinco estrellas. Mucho antes de que las cocinas abiertas se pusieran de moda, ella ya pensaba que las cocineras deberían ser felicitadas y no relegadas a rincones sofocantes donde trabajar en soledad a puerta cerrada. Era en esta cocina donde se sumergían merengues en mares de crema inglesa,

donde se rociaban rodajas de *foie gras* perfectamente braseadas con reducción de higos, donde se aliñaban sabiamente las ensaladas de berros y endibias con aceite de oliva y sal marina.

Mi madre rara vez seguía las recetas. Apenas las utilizaba. Dotada por naturaleza para entender la química culinaria, solo necesitaba su paladar, su instinto y sus dedos. Con una gotita de una salsa espesa en la lengua era capaz de detectar un ligero rastro de cardamomo, un trocito de piel de limón, la presencia de un ingrediente secundario. Tenía un sentido innato para apreciar la composición y la estructura, y para prever los cambios que produciría la cocción. Poseía, además, una aguda conciencia del poder que le confería ese don, en especial con respecto a los hombres. Armada de cuchillos afilados, de especias fragantes y de un buen fuego, mi madre podía crear auténticos banquetes cuyos aromas atraerían hacia las rocas a navíos cargados de hombres, y ella, desde lo alto, se deleitaría viendo cómo se hundían. Yo conocía a las sirenas porque había leído sobre mitología griega, y los poderes de mi madre me maravillaban en la misma medida.

En la habitación iluminada con velas, el chasquido alegre de los corchos de las botellas anunció que la cena estaba lista. Nos congregamos los seis alrededor de la mesa y nos lanzamos sobre el primer plato: almejas al vapor que mi madre y yo habíamos recogido ese mismo día, durante la marea baja, en un banco de arena cercano. Abríamos las conchas, qui-

tábamos la piel del cuello alargado, hundíamos el resto de la almeja en un caldo caliente y en mantequilla fundida, y nos las metíamos en la boca. Una explosión de océano.

Luego vino el plato fuerte: los pichones de Ben, servidos de modo casero en una enorme tabla de trinchar con unas ranuras que recogían sus jugos. Usando unas pinzas largas, Malabar sirvió un pichón diminuto en cada plato. Asada al punto, la carne era sedosa y tierna, de vetas finas, más sabrosa de lo que me esperaba. La piel era grasa, como la del pato, y crujiente como el beicon. De acompañamiento mi madre había preparado un sabroso pudin de maíz —una mezcla gelatinosa de grano, huevos y crema—, y procedió a servir una cucharada en cada plato. Los sabores, dulce y salado, eran complementarios, con una jugosidad que combinaba muy bien con la fermentación.

Al primer bocado, mi madre gimió de placer. Ella nunca se abstenía de disfrutar abiertamente de los frutos de su trabajo.

—Esto —dijo Ben cerrando los ojos— es la pura perfección.

Estaba sentado al lado de Malabar y, pasando el brazo por el respaldo de su silla, alzó la copa.

—¡Por la chef!

—Por Malabar —lo secundó Lily.

Todos brindamos. Mi padrastro sonrió y dijo:

—Por mi amor.

Charles adoraba a mi madre, que era su segunda esposa y casi quince años más joven que él. Ambos estaban casados cuando se conocieron a través de

unos amigos, y se enamoraron. Charles le agradecía que hubiera permanecido a su lado durante su largo divorcio y una serie de derrames cerebrales que había sufrido justo antes de casarse con ella y que le habían dejado parcialmente paralizado del lado derecho del cuerpo. Ahora caminaba arrastrando los pies y había aprendido a escribir y a comer con la mano izquierda.

Charles y Ben eran amigos de la infancia. Los había unido su amor a la ciudad de Plymouth, donde Ben, descendiente directo de los peregrinos del *Mayflower*, residía y donde Charles pasaba los veranos de niño. Formaban una pareja insólita —Charles siempre enfrascado en asuntos intelectuales, Ben entregado a las actividades físicas—, pero la amistad había persistido durante décadas. No se llevaban más de seis meses, aunque Ben, con su intensidad y su magnetismo, parecía varios años más joven. Cazador, pescador y conservacionista, además de exitoso hombre de negocios, tenía un conocimiento enciclopédico del mundo de la naturaleza y lo compartía con entusiasmo. Durante la cena, yo lo acibillé a preguntas: «¿Cómo se aparean los cangrejos herradura? ¿Cuál es la causa de la migración anual de los arenques en primavera? ¿Cómo pone los huevos la chirla mercenaria?». Traté de pillarlo, pero no lo logré. Responder preguntas sobre el medio ambiente y las criaturas que lo poblaban era su truco infalible en las reuniones sociales.

Mientras los seis devorábamos la comida, Ben

nos habló de los pichones, que llevaba criando desde hacía más de treinta años.

—¿Sabíais que a los bebés los empollan y alimentan ambos progenitores? —dijo apuntándome con un palillo.

—Entonces... ¿los pichones son como las palomas de ciudad? —pregunté, deseosa de saber si eran las mismas criaturas mugrientas que yo conocía de Nueva York, la ciudad donde había nacido y en la que mi padre vivía aún.

—Sí y no. Los pichones y las palomas son de la misma familia, *Columbidae* —explicó Ben tocándome el brazo mientras hablaba—. Los pájaros que nosotros criamos son palomas blancas.

—Ay, nuestra bandada es preciosa, Rennie —dijo Lily—. Tienes que venir a verla un día.

—Me encantaría —respondí, y miré a mi madre, que asintió.

—¿Y cómo los matas exactamente? —preguntó Peter.

Ben retorció un cuello diminuto e invisible.

La velada continuó, vibrante y llena de pequeñas sorpresas. Ben era un hombre vigoroso que se expresaba con las manos y hablaba mucho, pero también escuchaba con atención a quien tuviera la palabra. Yo noté que volvía la mirada constantemente hacia mi madre a lo largo de la cena. Ella parecía disfrutar esas miradas, sacudiendo la cabeza y riendo. En un momento dado, la observé mientras deslizaba el tenedor por la cima de su porción de pudín de maíz.

Ambas levantamos la vista para ver si Ben estaba mirando. Así era. Mi madre me lanzó una sonrisa furtiva y me sirvió una copa de vino tinto. Luego sirvió también a Peter.

—El pinot va de maravilla con el pichón —nos dijo como si soliéramos acompañar nuestras comidas con vino. Cuando yo la miré sorprendida, ella se encogió de hombros divertida—. ¡Si viviéramos en Francia habrías empezado a tomar vino en la cena a los ocho años!

Ben se echó a reír con aprobación, y ella lo imitó con una risotada gutural. Charles y Lily, sin inmutarse por mi copa de vino, impertérritos ante el coqueteo de sus cónyuges, también estallaron en carcajadas.

En aquella velada, todo parecía divertido.

Hacia las nueve de la noche empecé a removerme inquieta. Incluso con los ventiladores encendidos, el comedor estaba excesivamente caldeado, y a mí se me pegaban las piernas a la silla. Miraba con disimulo el reloj de péndulo. «¿Dónde se ha metido?», pensaba. Cuando sonó por fin el golpe en la puerta, le dirigí a mi hermano una mirada implorante. Él no se movió de su sitio.

«Por favor —le supliqué con las cejas alzadas—. Vamos. Por favor.»

Peter puso los ojos en blanco y suspiró con desgana, pero acabó cediendo y fue a la puerta.

—¿Me disculpáis? —le dije a mi madre—. Necesito un poco de aire fresco.

Ella asintió casi sin escucharme.

Al levantarme para recoger mi plato, me sentí algo mareada por el vino. Subí a toda prisa, me cepillé los dientes y el pelo y corrí hacia la puerta, aunque reduje la marcha al acercarme para aparentar tranquilidad.

Mi hermano y nuestro vecino Ted estaban en el porche delantero hablando. Cada uno se sabía su papel: Peter nos daba las buenas noches y volvía adentro, y Ted y yo rodeábamos la casa y bajábamos por los escalones de madera hasta la playa. No teníamos gran cosa que decirnos, así que no hablábamos. Íbamos al sitio de costumbre, nos tumbábamos sobre la arena áspera y empezábamos a besarnos; llevábamos haciéndolo todas las noches desde hacía casi una semana.

Pasó una pareja cogida de la mano, sin advertir nuestra presencia a su espalda, y fue a sentarse contra una roca, cerca de la orilla, para contemplar el reflejo de la luna en la bahía. Nosotros nos separábamos cuando aparecía alguien, pero esta vez Ted se llevó un dedo a los labios, me indicó que me mantuviera callada y luego, de un tirón, me levantó la camiseta por encima de los pechos. Yo permanecí tendida sobre la arena, atónita ante aquella maniobra inesperada. La cara risueña de Ted, iluminada por la claridad de la luna, estaba llena de avidez y deseo adolescente. Sus ojos se dieron un festín con mi torso desnudo. De sus axilas asomaban pelos rubios oscuros; los músculos de sus hombros se contraían levemente. Entonces empezó: primero con un pecho, luego con el otro. Apretando y soltando, haciendo

saltar chispas en mi interior, desatando un calor creciente entre mis piernas.

Cuando volví a casa, la cena llegaba a su fin. Lily estaba recogiendo los platos del postre y mi padrastro parecía exhausto. Incluso Ben y mi madre se veían apagados. Esquivé el comedor sin que me vieran y subí a mi habitación.

En cuanto me metí en la cama, el encuentro con Ted empezó a darme vueltas en la cabeza. No podía dejar de pensar en lo que él había hecho. Las normas de los escarceos sexuales de la adolescencia eran inequívocas: no había vuelta atrás. Yo sabía que había quedado trazada una nueva línea y que la próxima vez que nos escabulléramos juntos mis pechos desnudos serían algo que se daría por sentado.

Las cortinas de la habitación estaban descorridas y las ventanas abiertas de par en par, pero aun así el ambiente era sofocante. El pelo, mojado por el aire húmedo y salobre, se me adhería al cuello, y las sábanas de algodón, rasposas de arena, se me pegaban a las piernas. La única cosa que parecía fresca era la luna: como un frío pedazo de metal contra el que me habría gustado apretar la cara. Fuera no había ni un soplo de brisa que sacudiera las barcas contra sus amarres o removiera las campanillas de mi madre. La casa también estaba en silencio. Mis padres y sus invitados debían de haberse ido por fin a la cama.

Muchas cosas habían cambiado en mi cuerpo durante aquel año. Antes tenía que perseguir a los chicos para que me prestaran atención. Ahora lo único

que debía hacer era agarrarme de la barandilla del porche, arquearme hacia fuera y rozar con los pies la blanda arena, o simplemente alzar la mirada, entrecerrando los ojos como si mirase el sol, y ellos se quedaban embobados. Tras un largo y callado hechizo, mi cuerpo había explotado: los pechos en erupción, las caderas expandiéndose, la piel tensándose sobre nuevos horizontes. Mis entrañas también habían enloquecido.

Tenía calambres en el vientre y sangraba todos los meses, pero nadie me había hablado de lo demás: nadie me había explicado lo húmedo y pringoso que se ponía todo ahí abajo, ni aquellos cambios que incluso cuando no tenía el periodo notaba que me transformaban y ablandaban, dejándome pistas pegajosas que seguir. Mientras flotaba hacia el sueño, repasé lo ocurrido esa noche una y otra vez: la camiseta alzada, las manos en mis pechos..., hasta que una conmoción nueva se desató dentro de mí. Una oleada desconocida surgió de las profundidades y rebotó por todo mi cuerpo, lamiendo a su paso cada nervio y cada célula.

¿Qué acababa de suceder?

Me sentía otra vez completamente despierta mientras trataba de recordar los pasos que había seguido. Quería memorizar el camino hasta ese lugar extraordinario, pero no lo conseguía. Me sumí en un sueño agitado.

—Despierta, Rennie. —Noté una mano en el hombro y me tapé con la sábana—. Rennie, por favor.

Incluso antes de volverme y mirarla, capté un temblor peculiar en el susurro de mi madre y percibí todavía un rastro de pinot noir. Su voz sonaba vacilante, desesperada. El colchón se hundió cuando se sentó junto a mí, y mi cuerpo se puso rígido para mantenerse en su sitio. Seguí con los ojos cerrados, respirando acompasadamente.

—¡Rennie! —El susurro, ahora más apremiante, contenía aún un temblor inusual. Me apartó la sábana—. Despierta, por favor.

Aunque la tuviera a mi lado, inclinada sobre mí, con su cálido aliento en mi oído, yo no quería dejar de pensar en Ted. ¿Por qué se presentaba mi madre en mi habitación en mitad de la noche? Por un momento me entró pánico. ¿Acaso un sexto sentido le decía que yo acababa de hacer mi primera incursión en el sexo? ¿O Peter me había delatado y le había dicho que había estado escabulléndome y metiéndome en líos? Me volví del otro lado, medio dormida. No estaba de humor para aguantar un sermón. Aún flotaba en la sensación de lo que acababa de ocurrir, y no quería perder el rastro de ese momento.

—Rennie, despierta. Despierta, por favor.

«Lárgate», pensé.

—Cariño. Por favor. Te necesito.

Al oír esto último, abrí los ojos. Malabar estaba en camisón, con el pelo revuelto. Me incorporé en la cama.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Hay algún problema?

—Ben Souther me ha besado.

Yo asimilé sus palabras. Intenté descifrarlas, pero

no podía. Me restregué los ojos. Mi madre permanecía inmóvil a mi lado.

—Ben me ha besado —repitió.

Un nombre, un pronombre personal, un verbo: era una frase sencilla, a decir verdad, pero no lograba comprenderla. ¿Por qué iba a besar Ben Souther a mi madre? No era que yo fuera una ingenua; sabía que la gente besaba a personas a las que no debería besar. Mis padres no me habían ocultado las transgresiones de ambos durante su matrimonio, así que yo tenía más información sobre la infidelidad que la mayoría de los adolescentes. Solo tenía cuatro años cuando mis padres se separaron, seis cuando mi padre volvió a casarse, siete cuando ese nuevo matrimonio empezó a naufragar, y ocho cuando mi madre pudo casarse por fin con Charles, que llevaba tiempo separado cuando se conocieron pero seguía casado oficialmente.

Ben también estaba casado, claro. Con Lily. Los Souther llevaban treinta y cinco años casados.

Mamá y Charles. Ben y Lily.

Los cuatro habían sido amigos desde que mi madre y mi padrastro se habían conocido, ahora hacía una década.

Eso era lo que realmente me desconcertaba del beso: la amistad entre Ben y Charles. Ellos dos se adoraban. Su amistad se remontaba a unos cincuenta años atrás, tal vez más, cuando eran lo bastante jóvenes como para lanzar piedras sobre las aguas lisas y grises de Plymouth Bay, cuando jugaban a ser

pioneros y construían fuertes en las dunas, rechazando a sus enemigos imaginarios con mosquetes de palo. A lo largo de los años habían cazado y pescado juntos, salido uno con la hermana del otro, ejercido de testigos en sus bodas y luego de padrinos de sus hijos.

—¿Cómo que Ben te ha besado? —De repente estaba totalmente despierta. Me la imaginé abofeteando a Ben en el acto. Mi madre era capaz de hacerlo—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos salido a dar un paseo después de cenar, nosotros dos solos, y él me ha cogido entre sus brazos. Así.

Mi madre se abrazó a sí misma, mostrando el gesto de Ben y, a la vez, regodeándose en el recuerdo. Entonces se tumbó sobre la cama, sonriendo, y se tendió a mi lado. Al parecer, no había habido bofetada.

—Aún no puedo creerlo. Ben Souther me ha besado —dijo. ¿Qué le sucedía a su voz?—. Me ha besado, Rennie.

Otra vez la misma nota de alegría. Un tono que no le había oído desde antes de los ataques de Charles. La alegría había caído del cielo nocturno y aterrizado en la voz de mi madre. Un beso —su brillante resplandor, todo lo que tal vez presagiaba— había cambiado las cosas de golpe.

—Quiere que nos veamos en Nueva York la semana que viene. Tiene una reunión de la empresa, algo relacionado con el salmón, y Lily piensa quedarse en Plymouth. No sé qué hacer. —Estábamos las dos tumbadas boca arriba; el calor emanaba de

nuestros cuerpos—. ¿Qué crees que debería hacer? —Ambas sabíamos que era una pregunta retórica. Malabar siempre lo tenía todo planeado. Ella ya estaba decidida—. Voy a necesitar tu ayuda, cariño —dijo—. Tengo que pensar cómo arreglármelas. Cómo hacerlo posible. —Yo permanecí inmóvil como un cadáver, sin saber qué decir—. Desde luego, no quiero hacerle daño a Charles. Preferiría morirme antes que causarle más dolor. Esa es mi máxima prioridad. Charles no debe enterarse jamás. Se quedaría destrozado. —Hizo una pausa, como considerando una última vez a su marido; luego se colocó de lado para mirarme—. Tienes que ayudarme, Rennie. —Mi madre me necesitaba. Yo era consciente de que debía llenar los silencios de la conversación, pero las palabras no me salían. No sabía qué decir—. ¿No te alegras por mí, Rennie? —preguntó ella incorporándose sobre un codo.

La miré a la cara, a sus ojos oscuros, ahora húmedos de esperanza, y de repente me alegré por ella. Y por mí. Malabar se estaba enamorando y me había escogido a mí como confidente, un papel que yo no sabía hasta ese momento que anhelaba. Quizá aquello fuese algo bueno. Quizá una persona tan vital como Ben podía sacar a mi madre de la tristeza en la que se había sumido desde los ataques de Charles y que, de hecho, ya se había manifestado a veces en los años previos. A lo mejor ahora, cuando empezara el colegio en otoño, mi madre se vestiría para llevarnos en coche por la mañana a unos cuantos. Ya no saldría con un abrigo sobre el camión, ni con las

marcas de las sábanas en la cara hinchada. A lo mejor se cepillaría el pelo, se pondría un poco de brillo en los labios y saludaría a los chicos de nuestra ruta con una alegre exclamación, como las demás madres.

—Claro que me alegro —dije—. Me alegro mucho por ti. —Su reacción, unas lágrimas agradecidas, me animó—. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

—Cariño, no se lo puedes contar a nadie. Ni a tu hermano, ni a tu padre, ni a tus amigos. A nadie. Esto es muy serio. Prométemelo, Rennie. Tienes que llevarte el secreto a la tumba.

Se lo prometí en el acto, entusiasmada por haber conseguido un papel estelar en el drama de mi madre, sin darme cuenta de que me estaba dejando manipular por segunda vez esa noche.

Los que ocupaban las habitaciones contiguas —mi hermano; mi padrastro; Ben y Lily— dormían tranquilos. No tenían ni idea de que el suelo acababa de moverse bajo sus pies. Mi madre había limitado interesadamente su visión de las cosas y escogido la felicidad, y yo la había secundado por propia voluntad, y ambas hicimos caso omiso de los peligros que acechaban en ese nuevo territorio.

Cuando la luz del alba se coló por la ventana abierta y el sol ascendió sobre la playa exterior, esa larga franja de arena y dunas que separa nuestra enseada del Atlántico, el cielo adquirió un brillante tono fucsia vetado de rojo. Me desperté llena de

esperanzas y sin pensar en Ted. Ya tenía claro que, cuando él se presentara en el porche aquella noche, yo no me escabulliría a la playa para sentir la presión decidida de su pelvis contra la mía. Me quedaría en casa para ser testigo de la seducción de mi madre.